MARIA ZAMBRANO: VARIACIONES

Sagrario Ruiz Baños

I. HACIA EL ENSUEÑO DESDE UN SABER EN LA PENUMBRA

I

Desde la claridad y la sombra a la irónica relatividad de lo absoluto, donde el infinito confunde sus límites. La penumbra tocada de alegría en los comienzos que son finales porque la aurora todo lo abre y todo lo clausura desde el eterno génesis de la palabra hasta el recién comenzado apocalipsis del instante eterno, entreabierto, revelado. Aquella que puso el mundo entre paréntesis para inventar una razón poética de piedad y esperanza, de sublime renuncia, rebelde Antígona, Diótima perfecta. Errante de ti misma, alumbraste la tiniebla apenas transformada de tu alma enamorada que todo tiempo trasciende y pues «la verdad no es sencilla», descendiste al origen de la esencia de un Verbo que era Creación y Reflejo, Poesía y Filosofía desde tu razón vital que buscaba su raíz ascendiendo hacia la atmósfera de un sueño. Pues tu vida es el aire que respira la flor salvaje, mística especulación que nos muestra su pasión de espíritu sin descanso entre la huella de un dios y el aliento de los dioses. Filosofía y Poesía nacen en ti de un mismo ensueño auroral que purifica la palabra en su luz redentora, en su diamantino albor de aurora recién nacida que sólo nos ofrece un pálido temblor de plenitud.

Vedado le está al poeta y al filósofo el «brillo resplandeciente de la felicidad» y por eso viviste desviviéndote, dando tensión a todo tu destino, desde la nietzscheana dualidad en la redentora contradicción de la duda agónica unamuniana, buscando tu raíz en el viento, en el hálito. Porque Ortega, tu maestro, ensombrecido quizá, quizá orgulloso, destinó tu espíritu a la máxima luz: «Salvo en las orquídeas, hijas del aire, la raíz es siempre subterránea». Pero buscabas la secreta sombra de una reminiscencia, un latido... y la luz se te dio por añadidura cuando afirmaste que «el objeto, tanto del amor, como del conocimiento, es siempre algo que resiste, que se conserva intacto frente a la duda». O cuando pensabas, siguiendo la audacia orteguiana, que «la vida se nos vacía de sentido y el mundo, la realidad, se desliza, se hace fantasma de sí misma», cuando falla la creencia. En la duda, en la contradicción del fuerte que es la máxima certeza, hallaste la posibilidad de la penumbra y caminaste hacia ella: «¿Qué sustancia es la nuestra, que puede desrealizarse? Y ¿por qué fluye inagotablemente esta ansia de trascender en nosotros?...». De la categoría aristotélica, hasta la emanación de Plotino, de heroicos furores supiste... de la sustancia de Spinoza aprendiste a permanecer en tu ser, y a fuerza de reflejos te encontraste defendiendo tu soledad, escribiendo mientras avanzabas hacia el duermevela de la razón, de su «ultimidad» amorosa y creadora: pensamiento, imagen, ritmo, silencio. Palabra, aquella por la que el hombre crea y se expresa. Poética unitaria que ofrece posibilidad de meditación al poeta y expresión musical al filósofo y a ti la armónica pureza del canto hecho pensamiento en la radical cercanía de un espíritu enamorado del ritmo único de las estrellas, por el que renunciaste a la lucha en aras de la Lucha, encadenada a la razón de amor de un sueño que crea deshojando la rosa sobre ti.

Hölderlin y Nietzsche abrirían las puertas de tu alma en penumbra: «Nietzsche, filósofo-poeta, y Hölderlin, poeta-filósofo, testimonian la existencia de esta conjunción, de estas dos especies de la vocación de conjugar, en todos o en varios, al menos, de sus modos y tiempos, luz y palabra en este mundo de la sombra y de la gravedad». Y resulta de la paradoja esencial la forma más elevada de conocimiento, aquel que se logra por un esfuerzo vano... otorgado «a quien prefirió la revelación» de la inocencia plena y la gratitud de la sombra: revelación; razón poética; instante de luz eterno; plenitud de las horas.

> «De no tener trasmundo y vuelo, no habría poesía, no habría ni tan siquiera palabra (...). Quien habla, aunque sea de la más abigarrada multiplicidad, ha alcanzado ya una suerte de unidad, ya que embebido en el puro pasmo, perdido en lo que cambia y fluye, no acertaría a decir nada, aunque este decir sea cantar».

II

«Diótima de Mantinea (ensayo)»
(1983)

Pero la música no tiene dueño, y Diótima de Mantinea dialogó no sólo con Sócrates, sino con los pitagóricos, con Aristóteles, con Plotino (alma viva), con el Spinoza del «amor intellectualis Dei» y con el idealista Kant, y habló, cantó, aprendiendo que «un círculo existente en la Naturaleza, es una sola y misma cosa y así hasta el infinito, concibiendo que la Naturaleza entera es un puro Individuo cuyas partes son varias de una infinidad de maneras sin cambio alguno del Individuo total». Pero Diótima comprendió con el «racionalista» autor de la Etica que «el Alma no se conoce a sí misma» pues que posee «un conocimiento incompleto y confuso». Y del Amor y la contemplación de la Belleza, en un viaje desde el origen de la palabra, reveló las armonías ocultas que cantan los poetas entre la niebla desde su primer impulso, ya que «por naturaleza tienen todos los hombres deseo de saber» en aristotélica sentencia, un saber en el que estamos firmes en la verdad de las cosas, según comentó Zubiri a la mismísima Diótima. Pero no le bastó esa «alezeia» a una griega ávida de infinitud amorosa y, junto a Ortega, tendió al conocimiento de las fuentes de la esencia subjetiva, de la intuición pura de un espacio y un tiempo del alma (la condición subjetiva de la sensibilidad y la forma de nuestra interna intuición), (¡ah, el buen filósofo de Könisberg!). Y desde allí volvió a hacer girar el círculo y volvió a inventar la historia de la poesía como hermana mística de ese Ser uno e idéntico que se busca en sus emanaciones ascendiendo, desde Plotino hasta San Juan de la Cruz, pasando por la «Guía de perplejos» de Maimónides: «Suponed un solo sonido, una sola palabra (...) un vestigio del alma, un a modo de calor o de luz que ha emanado de ella...» Y de la palabra mística plotiniana, Diótima entendió que debía descender para ascender al vuelo poético del alma que rasga las nieblas con su música en pos de la Música. Dedicó su vuelo profético al alado, sagrado y ligero, ingrávido Juan Ramón, creyó, con el cantor del Duero, en la esencial palabra en el tiempo y se trascendió a sí misma en pos de... Diótima de Mantinea, no mujer, fuente, vio que su «Dios se le volvió desconocido» y entendió que «las leyes verdaderas son momentos de amor». Y buscó en su reescritura volver a inventar su historia, su palabra-inspiración-canto-vuelo-pensamiento en expresión precisa y fugaz. Mas el resplandor de la luna es apenas pálido y la luz de la razón es sólo un sueño cuando el alma, transida de amor, busca trascenderse a sí misma. Y buscando un saber sobre el alma, encontró el límite de la noche, el límite del alba, noche más allá de la noche que advirtiera Colinas, de dulce verso. El ensayo se volvió canto en sus manos... pero fue un milagro secreto del pensamiento hecho armonía originaria. Allí Diótima encontró su destino y su deseo halló sosiego: «El amor que atravesado por el tiempo, lo atraviesa a su vez (...). Hay una vida, amor aprisionado en todo, pero hay quien lo retiene: teme, si vive, morir». Comprendido el secreto, su vida se abrió en el silencio y encontró perdiéndose la «luz de un amanecer que sólo cuando he perdido toda la luz aparece». Diótima, milagro de la palabra y la idea, al fin comprendiste que quedabas en la orilla:

> «Abandonada de la palabra, llorando interminablemente como si del mar subiera el llanto, sin más signo de vida que el latir del corazón y el palpitar del tiempo en mis sienes, en la indestructible noche de la vida. Noche yo misma».

Milagro, Diótima, de noche abierta en el ensueño de tu saber de la penumbra.

II. «MIGUEL DE CERVANTES Y MARIA ZAMBRANO: SUEÑO Y VERDAD»

> «La novela es el género de la ambigüedad porque recoge la ambigüedad del hombre cuando se da a sí mismo su ser, sabiéndolo en la claridad de su conciencia (...). Y así Don Quijote se ve enajenado, loco, por querer ser sí mismo, ambigüedad extrema de lo humano» (María Zambrano, «La ambigüedad de Cervantes»)

«España, sueño y verdad» es un hermoso libro. En él, la sensible razón poética crea la imagen íntegra de lo que la historia y la cultura van conformando, dando corporeidad a la materia del ensueño posible. María Zambrano recrea a Cervantes y éste es dúctil en su recuerdo, porque la tolerancia hace crecer los frutos de la poesía y su verdad.

Al abrir el volumen de ensayos literarios, abrimos ¿los ojos? a una realidad literaria española que, lejos de separar, aúna interpretaciones, conciencias y sentidos desde nuestra obra magna: El «Quijote» cervantino y su creador, el ingenioso manchego. Por ello, en la doble perspectiva de la «ambigüedad de Cervantes» y la «ambigüedad de Don Quijote» puede María reducir autor y personaje a su complejidad opositiva y única: «Lo que le sucedió a Cervantes: Dulcinea». Esta diagonal del conocimiento (puro espejismo, pura verdad), es la raíz misma de todo el libro que propone la visión de «Ortega y Gasset, filósofo español» y «La religión poética de Unamuno», desde su principio y desde su fin, desde la radical frontera de «Meditaciones del Quijote» y «Vida de Don Quijote y Sancho» que María Zambrano reúne amorosamente (como en realidad lo estuvieron aquellos que «ambos a dos» llamábanse «maestro» en la delicia de su Epistolario):

> «La divergencia en la interpretación del Quijote, la de Ortega y la de Unamuno, dirigiéndose la una al libro y tras de ella al autor; la otra, exclusivamente al personaje, confirma la ambigüedad de la imagen. Los dos libros vienen a ser una especie de «Guía» para el conflicto que entraña el ser español (...). «El Quijote» es un libro de conocimiento, una mirada reflexiva y un tanto irónica tal como conviene al ser que intenta conocerse: el hombre».

Y es que allí donde lo complejo se sutiliza, se hace ingrávido, aparece la luz, la «Luz desigual y viva de los misterios», luz difusa de la novela, y en especial de la cervantina, como insiste María, que no es sino «luz cernida» que agudiza el conflicto entre la fábula y la conciencia. Luz interior que avanza entre los sonidos puros de la palabra que dice la realidad, en la que el tiempo detiene su fluir: el instante «de la intuición bergsoniana, el tiempo de la creación»:

> «En ese tiempo tienen lugar los ensueños, de él nacen las mentiras que forman los mitos, esos delirios en que el hombre se inventa a sí mismo».

Pero María se busca, una vez, siempre una vez más, así hasta el infinito, en el «laberinto de claridad, El Quijote, juego de claridades y reflejos». Y la diagonal del conocimiento la transporta del tiempo del sueño creador al tiempo mediador y accesible porque «Tiempo-libertad-realidad es la ecuación de todo despertar que (...) se irá modulando como una melodía esencial. Cuando de la vida humana se trata, y aun de la vida sin más, el lenguaje musical se impone, y no por azar». Acierta María Zambrano como acertó Clarín en su cuento «Cambio de luz», de la visión al sonido en la pura claridad de la auténtica mirada de la palabra, luz especial que se encuentra en ciudades como Segovia, «un lugar de la palabra, donde la luz conserva su identidad a través de innumerables ciclos de variaciones», de donde la hermosa Segovia en que acaece la historia de la azoriniana «Doña Inés», descrita en confusa y difusa luz de identidades que se reflejan a sí mismas en el misterioso retornar de las esencias: Inés y Beatriz, dos nombres para la Dulcinea del espejo.

Porque la ambigüedad de Cervantes, de donde la ambigüedad de la novela, de su novela, fue la búsqueda de la no realidad de lo real. «Cervantes era así: había nacido enamorado», matiza María Zambrano en la paradoja armónica señalada por Américo Castro de una «feroz y disimulada crítica» que convivió, por influencia erasmista, con «una serena valoración de la recta conducta de la cultura humanística, de la libertad interior». Así, la historia de Don Quijote se convierte, para Cervantes según María, en «una extraña, doble y única historia; la de los hechos transformados en sucesos, y la historia no escrita de la inexistencia de la verdad, tanto como decir: la verdadera historia de la verdad. Su corazón ayunó sin esfuerzo. Escribía al alba, con la luz blanca que precede al sol y su silencio».